



CAPITULO XI

Chihuahua

I

UNA casa que ahora es escuela de niñas y que ocupa cabalmente la parte principal de la llamada calle de Juárez, fué el asilo de los restos del republicanismismo que, perseguidos, se refugiaron en Chihuahua. Aquel destartalado caserón, con sus puertas viejas, sus enormes aposentos, su patio herboso y lleno de misterio y sus corredores en que parecían vagar por la noche ánimas en pena, vino de perlas á los rendidos excursionistas, que ya pudieron pavonearse fechando sus decretos en el Palacio Nacional en Chihuahua, cosa que no habían logrado antes á pesar de su buen deseo, ya que no podían habilitar de palacios las chocillas miserables que hasta entonces habían habitado, bien en medio del desierto, bien en poblachos rabones y faltos de toda policía.

No hay para qué decir que se sintieron en Chihuahua como si estuvieran en su casa, y que allí se estableció entre ellos esa solidaridad que hizo su fuerza durante toda aquella penosa caminata. El Presidente y los ministros con los sujetos más calificados de la población, y éstos con todo el que tuviera cargo ó desempeñara funciones al lado de Juárez, formaron un núcleo, un haz apretado y cariñoso que no desmintió nunca las tradiciones de amistad y de afecto que sólo debían cortarse por un suceso que había de poner á prueba aun la lealtad de los mejores. Pero no conviene adelantar las cosas ni dar anticipadamente nota de cosas tristes cuando todo debía ser alegría y satisfacción.

Ordinarios acompañantes de Brambila eran Ramón Cuéllar, Jacinto Aguilar, Eleazar Loeza, Manuel Mayol, Larrañaga y los ayudantes Díaz, Novoa y Arteaga, que tan pronto como habían terminado sus tareas al lado del ministro, jefe de negociado ó personaje á cuyo servicio se encontraban especialmente adictos, volvían á la risa, la jácara y la bulla que constituían su ordinaria ocupación.

Dicho se está que las gentes de Chihuahua se mostraron tan cariñosas y tan buenas como lo fueron siempre, y que los fatigados compañeros de don Benito hallaron en aquella sociedad la franqueza y el amor que ambicionaban. Todavía era aquel el tiempo en que se llamaba á

los fronterizos *arribeños* para denotar su inocencia, su ingenuidad y su buen ánimo, que contrastaban con los artificios y las malas artes de los del interior y de las costas. Y tan arraigado está en la frontera el arribeñismo, ó sea el afán de pensar bien de todo el mundo, de decir la verdad, de ayudar á cuantos solicitan auxilio y sobre todo, de creer en la palabra ajena como se cree en la propia, que no han logrado desarraigar esa peligrosa manía los malos ratos que les han dado los muchos vividores que por allá forman su habitación y su ordinario punto de lucha. Y es que el arribeñismo lo tienen metido hasta los tuétanos, como descendientes que son de los más hospitalarios de los hombres, de aquellos que vivían favoreciendo caminantes, amparando infelices, ayudando maltratados por la suerte y prestando siempre el contingente de su buena voluntad á cuantos lo solicitaban.

Casi no pasaba día sin que un bailecito, una excursión á lugar pintoresco y sobre todo una visita á las muchachas más guapas y más patriotas del lugar no consumieran la jornada. Las gentes aquellas habrían deseado traer en palmitas á Juárez y á sus inmediatos acompañantes, pero los señores no se dejaban querer y no parecía sino que iba á continuar la vida de retraimiento y de tristeza que habían inaugurado durante todo el período de la peregrinación. Mas ¿qué puede negarse á personas que no sólo tienen buena voluntad, sino que se empeñan en

ser gratas y en manifestar su excelente disposición mediante obras elocuentísimas?

Y era claro, á poco la reserva y el temor se convirtieron aun para los padres graves en cordialidad y en alegría, pues empezaron los bailes, las reuniones, los días de campo, las visitas y la amistad con aquellas gentes, que, como decía después Guillermo, estaban hechas de pasta de ángeles. Se dieron bailes, meriendas y no sé si una ó varias reuniones políticas en que se hizo gala de adhesión á la persona del Presidente; y éste, vencido por la atmósfera que reinaba en aquel país nuevo y del cual ni idea tenían en el ceremonioso palacio de México, empezó á concurrir á las manifestaciones organizadas en su honor.

Cuando Juárez llegó, se tuvo empeño en que habitara la espléndida quinta de Santa Elena, del alemán don Carlos Moye, pero como el dueño se encontraba ausente y Juárez temía moviera camorra por la ocupación violenta de su casa, se contentó con la modesta habitación que le arreglaron á última hora.

Por ese tiempo regresó Moye á Chihuahua, y en vez del sujeto adusto, regañón y deseoso de presentar reclamaciones contra el erario federal á cada cuarto de hora, resultó un excelente germano, que simpatizaba con los desterrados y les rogaba que muy á menudo pasaran á su casa para improvisar en ella merendonas y reuñoncillas



—Se apuntaban con las chicas, ya refiriéndoles cuentos y anécdotas...

que degeneraban en baile, dándose el caso de que en pleno viernes santo, á las tres de la tarde, se organizara una fiesta que debía terminar á las tantas de la noche.

Guillermo tuvo un día la ocurrencia de quejarse de la sazón del cocinero que servía á la gente de gobierno, y no se necesitó otra cosa para que las señoras más distinguidas de la localidad se pusieran al avío guiando diariamente platos sabrosos para Juárez y los suyos.

Por supuesto que ni el Presidente, ni Lerdo, ni don José María Iglesias podían sustraerse á las manifestaciones cariñosas, y que más de una vez se vió á Minos, Eaco y Radamanto, como les llamaba Prieto, dar sus vueltecitas de baile en compañía de las entusiastas y republicanas muchachas chihuahuenses, que, ahora ancianas, cargadas de cuidados, llenas de hijos y de nietos, consideran como el *mejor día de su vida* la dancita que bailaron el día tantos de tal mes en compañía de alguno de los emigrados.

Dicho se está que los sujetos como Guillermo, que llevaban como lema aquello de meter en casa cada buen día que se presenta, se apuntaban con las chicas, ya refiriéndoles cuentos y anécdotas más ó menos verdes, ya tratando con elocuencia el tópico austero de la política reinante.

II

Es, pues, el caso que un día, muy temprano, Prieto se presentó en su oficina bien lavada y fregoteada la jeta, señal que puso en alarma al gran Brambila, que no sabía qué pudiera conmover de tal manera al señor Administrador de correos, absolutamente incapaz de enormidades tales, como levantarse antes de las ocho y lavotearse la cara con agua helada; por lo cual el escribiente no tuvo duda de que se trataba de la recepción de alguna noticia fresca y favorable, de la ganancia de alguna batalla ó de cualquier suceso morrocotudo.

— ¿A que no lo sabe, chambón? ¿A que no sabe que estamos de fiesta? Sí, amigo, sí, Brambila de mis pecados; es un hecho la celebración del santo de Juárez por estos templadísimos chihuahuenses, que Dios bendiga. Ellos han sido la alegría de la casa, el encanto de nuestra vida, los que nos han hecho olvidar demasías y traiciones y los que nos han evitado el desesperar de la lealtad mexicana... ¡Quién sabe qué demonios preparen estos malditos, pero debe de ser cosa buena, porque ya sabe usted la mano que tienen para lo que se relaciona con la diversión los muchachos de esta tierra! Como si usted lo viera que andan en el ajo Luis Terrazas, Urquidi, los Palacios, Trías, el cónsul Creel y otra porción de gentes que nos

ven á nosotros, los pobres y los arrancados, como si fuéramos perlitas de Oriente ó lindos diamantes de limpísimas aguas. Me pidieron que fuera á darles una manita para que con mi buen gusto metropolitano les dijera algo sobre el adorno que están arreglando; pero también me exigieron que les hablara algo, que les echara una de esas hermosas poesías que son mi especialidad y que dizque sé decir con tantísimo desparpajo, y naturalmente acepté. Quedé sin el compromiso de examinar la decoración; pero con el de enviarles persona perita que les ayudara y les diera consejos. ¿Quiere usted ir en mi lugar? Le ofrezco que no quedará descontento de las gentes ni de la fiesta.

Y en efecto, Brambila se encaminó al edificio del Tribunal de Justicia, que se ocupaban en poner como tacita de plata los pollos más distinguidos y los caballeros más calificados.

— Vea usted, le dijo uno de ellos, lo que tenemos preparado. Festones de colores, ramas desgajadas de los árboles de las orillas de la ciudad; muchísimos espejos con que se honraban los salones de los sujetos más ricos; estos tres cuadros con batallas de Napoleón, originales de Horacio Vernet; este retrato de Zaragoza y este otro de Hidalgo, que para nuestro Estado pintó el famoso Cordero. ¿Qué le parece? ¿Verdad que con estos elementos no se puede hacer mucho?

— ¿Que si se puede? dijo Brambila. Va usted á ver qué precioso adorno arreglamos. Va á ser cosa de rechupete y nadie tendrá que decirnos más que alabanzas por él.

Y en efecto, con esos elementos, tiras tricolores, y el gusto y el ángel que Brambila tenía, se improvisó el más lindo adorno que podía pensarse. A las ocho de la noche, cuando los señores y gentes de viso que acompañaban á Juárez se hubieron instalado, el sujeto que tenía á su cargo la dirección de la fiesta, le dijo gozoso á Pepe:

— Veo que la cosa está en buenas manos. Ya usted sabe, joven, que todo el chiste de la fiesta va á consistir en los brindis. Ofrecerá el banquete nuestro gobernador, don Angel Trías, probablemente le contestará el señor don Benito, oiremos á Lerdo y á Iglesias, y habrá versos de Prieto. De los de la tierra, hablarán don Jesús María Palacios y don Pancho Urquidi, y tal vez, tal vez, tendremos ocasión de oír á algún otro orador.

Y en efecto, á las ocho de la noche que llegaron los de la comitiva oficial, Pepe vió que Juárez la encabezaba vestido de frac, llevando al pecho la banda tricolor insignia de su investidura. Y ya que lo del frac viene á cuento, hay que decir que Juárez no usó, como piensan algunos, frac negro en todas las circunstancias de su vida, lo mismo para cerrar ó abrir el Congreso que para tomar una taza de chocolate en familia. Durante su excursión por el de-

sierto, don Benito llevó un trajecillo de saco ó americana y un sombrero blando color de mamey, y en Chihuahua y Monterrey usó levita negra que en nada difería de las otras levitas que en el mundo han sido.

La comitiva se instaló en los asientos preparados y el banquete empezó grave, ceremonioso, con el estiramiento de las comidas oficiales. Hasta los más guasones tomaban la sopa á pequeños sorbitos, dirigiendo miradas al salón y encomiando el adorno, mientras los mexicanetes, como Vidaurri decía, recordaban cuál el banquete á Milans del Bosch, cuál el que se había dado en honor de Zaragoza cuando volvió vencedor de los franceses, y cuál, remon-tándose un poco, las fiestas en honor de Santa Anna (que Guillermo Prieto, desterrado entonces de orden suprema, llamaba sin falta *saturnales*). A veces, se interrumpían los convidados para alabar los platos, que parecían, según expresión del mismo Prieto, preparados en las cocinas celestiales para la delicia del Padre Eterno y los bienaventurados que más cerca de El estaban.

— Son obra de las señoras chihuahuenses, susurró al oído del Administrador de correos uno de los de la tierra.

— Pues todo es de lo más sabroso que he probado en mi vida, dijo el ciudadano Prieto... Vea usted, ha tenido su chiste lo de poner á Juárez en ese lugar, abajo del retrato de Hidalgo... Y cerca, muy cerca de él, está el retrato de Zaragoza...

— Ese habría sido el asiento reservado al general Negrete si hubiera estado con nosotros.

— Calle usted, mi amigo, ni mencione á Negrete, que ahora es autor prohibido...

— No me lo diga, don Guillermo...

— Pues se lo digo porque es la pura verdad... Juárez está que trina contra él... Figúrese que ha ido á meter á lo más lucido de nuestro pobre ejército en el horrible desierto de Jaco, en dirección de Monclova, donde no hay agua ni mantenimientos de ninguna clase... Y como ya llovía sobre mojado, porque había sucedido lo de la fortificación de la Angostura, que usted conoce tan bien como yo, el Presidente está que no quiere que le mienten á Miguelillo... Ha quedado lleno, constelado el desierto con osamentas humanas: no más blanquea aquello.

— La verdad, don Guillermo, que siento el percance, porque aquí apreciábamos al don Miguel; pero si el señor don Benito lo dice, estudiado lo tendrá.

— Ni tan estudiado, amigo mío... Usted sabe que Negrete era más mocho que Zuloaga y Cobos reunidos; lo cual no obstaba para que cuando le convenía se mostrara más liberal que Degollado y Ortega juntos: le llamaban Voltereta los de uno y otro bando... Y no crea usted que sea el héroe del cinco de Mayo, como modestamente hace creer... El héroe fué Zaragoza y no hay que andar pensando en levas... Salud, mi querido amigo, dijo Guillermo

correspondiendo al brindis que le dirigía un sujeto con la copa en la mano, los ojos en blanco y la mano en el corazón... Salud, hijo mío... Dígame, ¿y quién es este hijo mío á quien no conozco y que trata de brindar conmigo con tanto empeño?

— Es Irigoyen.

— Ese, ese que se pone en pie, mientras tocan las copas los que están á su lado.

— Es el general Trías, el gobernador.

— Vaya que habla bien... Está magistralmente hecho ese resumen de lo que fué nuestro país hasta la guerra de tres años... Y eso de llamar á Juárez padre de la patria y lo de decir que dar la vida por la patria es recibir un gran bien, y que darla cuando estamos impulsados por el ejemplo de tantos mexicanos dignos es un deber, está muy bien, muy bien dicho... Tiene razón; los hombres somos nada, los principios son todo... Pues se explica, se explica el caballerito... El himno, el himno nacional... Pues mire usted que me ha hecho conmoverme este general con su discursillo... Estoy llorando, ni más ni menos... ¡qué caramba!...

Y mientras la música repetía las estrofas del himno, los concurrentes á la fiesta gritaban conmovidos cosas como ¡Viva Juárez!... ¡Viva nuestro padre!...

El brindis que siguió se consagró á alabar á Chihuahua y estuvo lleno de brío y de primor. Quizás haya tenido